

tes, sobre las materias de enseñanza como sobre el personal encargado de enseñarlas; el Papa, y de ninguna manera el rey ó el obispo, reina sobre la Universidad.

CAPITULO III

LA IGLESIA MONÁSTICA

I. La decadencia de las órdenes religiosas.—II. Santo Domingo y los hermanos predicadores.—III. San Francisco de Asís y la primera misión franciscana en Francia.—IV. Difusión de las órdenes mendicantes.

I.—La decadencia de las órdenes religiosas (1)

Demasiado ricas y preocupadas de intereses materiales ó políticos, las congregaciones religiosas, que habían sido el alma de la reforma eclesiástica, no se hallaban ya en estado de cumplir con su misión. La misma orden del Cister, tan admirada en el siglo XII por lo riguroso de su disciplina, había entrado en decadencia. En 1191, su capítulo general se ve obligado á reconocer «que la congregación no deja de adquirir y que el amor á la propiedad ha degenerado en verdadera plaga. Decreta, por consiguiente, que á partir de este año se prohibirá toda adquisición de muebles; pero esta prohibición tuvo que ser renovada en 1215, y al siguiente año era borrada del reglamento.» Los cistercienses llegan á practicar el comercio: venden su trigo y sus vinos al detalle en las tabernas, á las puertas de los monasterios. También se dedican á los grandes negocios. Van á los mercados, y la orden posee barcos mercantes en los ríos y mares del Occidente (2).

Aun la que parecía más celosa en el cumplimiento de sus reglas, había sido ganada por el contagio. Un cronista cisterciense que vivía en tiempos de Felipe Augusto, Cesáreo de Heisterbach, cuenta que un prior que durante su vida había disfrutado de una reputación de autoridad apareció á una sierva de Dios llamada Azelina. Su rostro estaba pálido y descarnado, su traje puerco y miserable: «Estoy sufriendo, dijo á Azelina, grandes suplicios; pero gracias á un hermano que me ha aportado una utilísima asistencia, seré liberado de ellos en la próxima fiesta de la Virgen.» Azelina respondió maravillada: «Os consideráramos como un santo.» El respondió: «Una sola cosa ha castigado Dios en mí: el haberme ocupado demasiado en aumen-

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Bruel, *Les Chapitres généraux de l'ordre de Cluny depuis le XIII^e siècle jusqu'au XVII^e*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo XXXIV. D'Arbois de Jubainville, *Études sur l'état intérieur des abbayes cisterciennes et principalement de Clairvaux, aux XII^e et XIII^e siècles*, 1858. San Marte y J.-F. Wolfart, edición de Guyot de Provins, en los *Parcial Studien*, tomo I, 1861. Otto Klein, edición de las poesías del monje de Montaudón, 1885.

(2) Si existían monasterios demasiado ricos, se puede comprobar que otros no tienen de qué vivir y contraen deudas. En 1196 la abadía de San Benigno de Dijón tomaba á préstamo del judío Valín una suma de 1.700 libras, al interés de 65 por 100, permaneciendo sin poderse liberar por espacio de diez años. Conócese aquella leyenda simbólica contada por Cesáreo de Heisterbach: el dinero de un usurero puesto en un mismo cofre con el de una abadía y devorándolo poco á poco, por manera que en poco tiempo no se encontró un dinero tan sólo de los que formaban el haber de los frailes.

tar las posesiones del monasterio. El vicio me había seducido bajo las apariencias de la virtud.»

Los monjes del tiempo de Felipe Augusto ya no permanecen tan encerrados en sus claustros. Se les encuentra por todas partes y en todos los caminos. «¿Cuál es la calle, la plaza ó el callejón por donde no se vean monjes á caballo?, pregunta Felipe de Harvengt, abad de Buena Esperanza: ¿Puede salir alguno de su casa, en estos tiempos, sin encontrar un monje? ¿Se da fiesta, mercado ó feria donde no aparezcan los monjes? Se les envía á todos los torneos y á todas las batallas. Los monjes afluyen á cualquier parte donde los caballeros se junten para combatir. ¿Qué harán en medio del chocar de los escudos y del estrépito de las lanzas furiosas? Y ¿por qué se les autoriza de este modo á salir y á cabalgar?» Las crónicas y correspondencias, en efecto, nos muestran á los frailes empleados en la política y los negocios. En las canciones de gesta cuidan á los enfermos, entierran á los muertos y sirven de mensajeros á los jefes feudales.

La *acedia*, ese espín incurable y consunción mística que todos los predicadores combaten, no es sino un deseo apasionado de dejar la cárcel monástica, vivir al aire libre, en libertad, en medio del pueblo que se agita y habla. La Iglesia toma las más severas precauciones para retener á los monjes en su abadía. Pero ni reglamentos ni anatemas pueden nada. Todos los pretextos parecen buenos á los monjes para evadirse. Enfermedades que obligan á volver al país natal, delegaciones al lado de un príncipe, necesidad de tratar los negocios de la abadía en el tribunal de Roma, viajes de estudio á determinadas escuelas y particularmente á París. Y muchos, so pretexto de ir á Roma en peregrinación, desmenuaban, por vivir, todos los oficios.

El prior de Montaudón era un noble de la familia de los castellanos de Vic-sur-Cère, en Auvernia. Su padre le había encerrado de muy joven en la vecina abadía de Saint-Geraud de Aurillac: el abad le confió el priorato de Montaudón; pero este monje era un poeta de espíritu original y mordaz. Los castellanos de la región se lo disputaban y su nombradía transpuso la Auvernia. Llevaba vida de trovador, aun cuando cumpliera con las observancias religiosas, y corría de castillo en castillo, tomando parte en todas las fiestas caballerescas. De esta manera visitó, si debemos prestarle crédito, toda la Francia del Mediodía y aun la España. El abad de Aurillac toleraba esta existencia poco canónica porque los monjes de Montaudón iban de cuando en cuando á su priorato, adonde llevaban todos los regalos de que les colmaban? Finalmente obtiene el priorato de Villafranca en el Rosellón, en tierras de su amigo el rey de Aragón Alfonso II. «Este, dice la biografía provenzal, ordenó á los monjes comer carne, festejar á las mujeres y hacer versos.»

El prior no creía comprometer su salvación llevando aquella vida. «El otro día, cuenta en una de sus poesías, me trasladé al Paraíso, porque soy alegre y jovial y amo mucho al buen Dios á quien todo obedece, la tierra, el mar, el valle y la montaña; y Dios me dijo: «Fraile, ¿por qué vienes aquí? ¿Cómo te portas en Montaudón entre tu numerosa compañía?— Señor, he permanecido en mi claustro uno ó dos años, lo que me valió perder la amistad de los barones. Pero vos sois el

único á quien amo y á quien quiero servir.— Monje, responde Dios, no creas que me complazcas con encerrarte en la abadía; ¿por qué interrumpir luchas y tenzones? Más quiero oírte cantar y reír. Los príncipes son así más generosos, y el priorato de Montaudón sale ganando.»

Por estos tiempos se es buen abad, alabado por los cronistas, si se aumentan las propiedades de la abadía y si se reparan ó construyen edificios. Como los obispos, los jefes de abadía tienen la pasión de construir. Al Sur del Loira, el estilo románico produce todavía hermosas iglesias abadales: San Julián de Brioude y Santa Cruz de Burdeos; pero la mayor parte están en el Norte: la abadía del Val, la iglesia de Longpont (Aisne), el coro de Montier-en-Der, la iglesia Saint-Ived de Braisne, la de Saint-Pierre-le-Vif de Sens, la abadía de Ourscamp, la iglesia de la abadía de Saint-Mathieu-du-Finistere y la *Merueille* del Mont-Saint-Michel son de estilo ojival.

Esta última construcción, debida á cuatro abades, Roberto de Torigny, Jourdain, Raúl des Iles y Tomás des Chambres, contemporáneos de Felipe Augusto y de Luis VIII, es la obra maestra del arte monástico. Compónese de dos cuerpos de edificio con diferentes pisos. Al Oeste, la bodega (1204-1212), que corona la espléndida sala capitular llamada «de los Caballeros» (1215-1220), con sus cuatro naves entrecruzadas de ojivas y claves esculturadas, sus columnas terminadas por ricos capiteles y sus dos chimeneas de ancha campana en forma de pirámide. Encima de dicha sala está, á su vez, el claustro no terminado hasta el final del reinado de San Luis, y que constituye una de las joyas del arte gótico. Todo allí parece hecho para encantar: la elegancia de las arcadas y de las columnas dispuestas en dos hileras, y la riqueza infinitamente varia de las esculturas que decoran á lo largo las galerías. Al Este la limosnería (1204-1212) y sobre todo el refectorio, terminado en 1218, imponente por su doble nave, sus nueve amplios ventanales y sus altas bóvedas descansando en columnas sobriamente decoradas y esbeltísimas. Todo este conjunto de edificios, colocado en lo alto de un cerro inaccesible, se apoya en un muro de singular atrevimiento, de 70 metros de largo y de 40 á 50 de altura. Esta abadía constituye una fortaleza, testigo de la rudeza de las costumbres y de la turbulencia del medio.

Lo mismo podemos decir de la iglesia de los frailes negros de San Víctor de Marsella, reconstruida en 1200. Con sus dos torres que semejan torreones, su pórtico y su muro formado de enormes bloques no cimentados y de catadura pelásgica, los cuatro espesos contrafuertes de su ábside poligonal, sus ventanas raras y colocadas en lo alto, fué construida para resistir á los sitios; y con efecto, la historia de los monjes de San Víctor aparece llena de guerras y combates con los burgueses de la villa y los condes y castellanos de la región.

Un cáncer incurable mina el mundo monástico: la discordia. Desobediencia, rebelión abierta, luchas intestinas, se encienden en aquellos sitios de religión y de plegaria.

En 1212, el abad de Cluni ordena á un monje de su orden que vivía escandalosamente, Godofredo de Donzi, prior de la Caridad, presentarse al capítulo general. Niégase á ello Godofredo y envía al abad un monje que

declara que apela de la orden al papa. El abad se decide á ir en persona á la Caridad para hacer cumplir al prior con su deber. Apenas transpone con su séquito el umbral del priorato, es acogido por una granizada de piedras, lanzadas desde el campanario. Su caballo es gravemente herido y él mismo se ve á punto de perecer apedreado. «Lívido, y con temblor en todos sus miembros, dice la carta de Inocencio III que da cuenta de este incidente, tuvo que refugiarse en la casa de un burgués. Soldados á sueldo del prior ocupan todas las alturas de los edificios del priorato. Se organizan patrullas y se cierran las puertas de la ciudad. Fué necesario parlamentar con el rebelde.»

Celebróse una entrevista, en una de las puertas, entre los representantes del Capítulo general y Godofredo de Donzi, que apareció rodeado de monjes enarbolando gruesos bastones. El prior declara que no se cura del capítulo ni de sus correcciones: «no tiene obligación de responder en materias religiosas sino al papa, y en materias temporales al conde de Nevers, bajo cuya guardia está su priorato. No aceptará proposición alguna de paz ó acuerdo mientras el abad no salga de la ciudad.» El capítulo le excomulga á él y á sus cómplices: le revoca de sus funciones y le reemplaza por un monje de Cluni; pero para cumplimentar estas disposiciones fué necesario recurrir á Felipe Augusto, quien obligó al conde de Nevers á forzar la entrada del priorato.

En los estatutos del capítulo general del Cister, se trata frecuentemente de las conspiraciones tramadas por los frailes contra su prior: el capítulo de 1283 asimila los conspiradores á los ladrones y á los incendiarios, y los declara punibles de excomunión. El de 1281 decide que los agitadores saldrán de la abadía y serán trasladados á otro establecimiento de la orden, donde recibirán disciplinazos cada semana y sufrirán un día la pena de pan y agua. El jefe de la congregación de San Víctor, de Marsella, tenía igualmente mucha pena en retener bajo su dominio las abadías de orden inferior, ó los prioratos, siempre dispuestos á emanciparse. Las rebeliones eran tan frecuentes, que en 1218 se obligó á todos los monjes encargados de la administración de un priorato á prestar el siguiente juramento: «Juro sobre los Santos Evangelios de Dios, que tenéis en vuestras manos, señor abad, que desde hoy guardaré fidelísima obediencia á vos y á vuestros sucesores, los abades de San Víctor, y que con igual fidelidad daré cumplimiento á las encomiendas que de vos reciba. Cuantas veces os plazca, con el beneplácito de los ancianos del monasterio, privarme de mi sitio, juro no oponerme en lo más mínimo y abandonar en vuestras manos, sin protesta ni resistencia, el priorato y todos los que de él dependen.»

No faltan tampoco las tragedias. En 1186, el abad de Trois-Fontaines, de la orden del Cister, es asesinado por un monje. En 1210, el canónigo de Salles, cerca de Rochechouart, degüella á su prior en el momento en que se levantaba para cantar maitines. En el mismo año, el abad de Fontgombault muere envenenado. En 1216, un monje de la abadía de Deols es muerto por uno de sus cofrades. La historia de los abades de Saint-Vitón de Verdún, á fines del siglo XII, no es más que una serie de rebeldías y de abdicaciones forzadas. La de la abadía de Senones, comida de deudas, no es mucho más

edificante. En Tulle, en 1210, los monjes se dividen en dos partidos que cada cual defiende un abad, produciendo una guerra que origina la ruina del monasterio. Poco faltó para que en San Marcial de Limoges, donde en 1216 se disputaban el báculo tres abades, se produjese la misma catástrofe. Pero el más estrepitoso de todos los escándalos fué la guerra religiosa que estalló en el orden de Grandmont y que duró cerca de setenta años.

Grandmont presentaba entonces la especialidad de ser una congregación religiosa gobernada en lo temporal por un cuerpo, superior en veinte veces, de conversos ó administradores laicos. Los conversos disponían del dinero, del dominio y de la autoridad. En 1185, cuando la elección del prior general, los monjes presentaron un candidato y los conversos otro. Prodióse un cisma que agitó todas las casas de la orden. Los hermanos laicos encerraron á los monjes en sus celdas y les abrumaron á malos tratamientos. «Vuelven contra nosotros sus manos violentas, escribían los monjes en 1214 á Inocencio III: amenazan con partirnos los sesos, si tratamos de resistir en cualquier cosa á sus caprichos, y arrojan inmundicias en nuestra comida,» *cibus nostros coinquinant*. Dos veces intervino inútilmente Felipe Augusto entre estos hermanos enemigos (1188 y 1190). Inocencio III no logró mayor éxito. Las agitaciones se prolongaron hasta mediados del siglo XIII. La decadencia de las antiguas órdenes religiosas, llorada por todas las almas creyentes, jamás había proporcionado á la sátira tan abundoso argumento.

Este es el momento en que Guyot de Provins escribe su *Biblia*. Va, sobre todo, dirigida contra los frailes de todos los hábitos y no hay orden que encuentre gracia ante la maliciosa crítica de ese benedictino. ¿Se trata de los monjes negros de Cluni? Sus abades son malos administradores que explotan el priorado hasta arruinarlo. «Han instalado en el claustro tres viejas feas, sucias y crueles: la Traición, la Hipocresía y la Simonía.» ¿Habla de la orden blanca del Cister? No se encuentra la fraternidad en ella. Los cistercienses no tienen piedad entre sí. No procuran más que ganar tierras y dinero. «Ambicionan todo lo que ven y atemorizan á las pobres gentes á quienes reducen á la mendicidad. Entre ellos viven con estrechez los simples monjes, pero las dignidades se tratan con esplendidez. Para ellos, el dinero, la carne y los hermosos pescados; tienen duplicada la enfermería; beben los buenos vinos y envían los turbios al refectorio.» En Grandmont, los monjes charlan en el dormitorio, en la iglesia y en los claustros. «Se les sirven buenos pescados, salsas calientes y especias picantes. Al acostarse se hacen lavar bien y trenzan sus barbas con esmero para que aparezcan bellas y lustrosas los días en que ha de verles la gente.» ¡Y luego estos conversos apalean á sus monjes! «Es la carreta tirando de los bueyes.»

¿Y los canónigos blancos de Premontré? Una orden en descomposición; los monjes hieren allí á sus abades. Tenían muchos bienes que están próximos á perder. Abrumados de deudas, no hacen más que vender ó empeñar. «Lo que digo de ellos, añade el poeta, no puede hacerles daño, porque mejor que nadie saben ellos dañarse á sí mismos.» Los templarios, con sus mantos blancos donde brilla la cruz, son valientes caballeros. Llevan bien su casa y hacen justicia recta. Pero tienen

dos vicios: ambición y orgullo, de que se les acusa grandemente. Los hospitalarios (á quienes vió Guyot en Jerusalén) han olvidado su nombre. Aun cuando son ricos, no otorgan hospitalidad y han olvidado la caridad. Finalmente, los hermanos conversos de San Antonio son truhanes y charlatanes: vedles pordioseando aquí y allá para sus hospitales, con una esquila pendiente de la cola de sus caballos, desde Escocia hasta Antioquía. Hacen el comercio con usura; tienen mujeres y niños. «Estos monjes casan muy bien á sus *hijas*, pero de San Antonio no se cuidan apenas.»

La conclusión de Guyot de Provins es que las obras de la vida religiosa no tienen valor si no van acompañadas de piedad y caridad. «Una congregación es obra de caridad, y de caridad debe llenarse. Un monje puede sufrir grandes penas, leer, cantar, ayunar; pero nada le aprovecha, en mi opinión, si no tiene caridad en sí. Es como una casa vacía donde las arañas tejen su tela para deshacer en seguida lo que han tejido. Cantar y ayunar no es lo que nos salva, sino la caridad y la fe.» ¿Los espíritus cristianos debían acariciar, por consiguiente, otro ideal de vida monástica, una más inteligente forma de perfección religiosa? Exigir á los monjes, antes que nada, la fe y la caridad, ¿no es lo mismo que anunciar que han venido los tiempos de una reforma decisiva y radical de la Iglesia regular? Esta será la obra de Santo Domingo y de San Francisco.

II.—Santo Domingo y los frailes predicadores (1)

Ya hemos visto al español Domingo, canónigo de Osma, emprender la predicación y conversión de los herejes en el Langüedoc. El futuro fundador de la orden que debía crear la Inquisición y proporcionar inquisidores á toda Europa, creyó, con algunos hombres de bien, que bastaría, para acabar con la herejía, presentarse á los herejes como apóstol de Cristo, pobre, descalzo de pies, con la alforja del mendigo y el bastón en la mano, discutiendo con ellos y conduciéndoles, con el poder de la virtud y la palabra, á abjurar de su doctrina falsa.

En Beziers, en Carcasona, en Montréal, en Fanjeaux, en Pamiers, en el mismo corazón de las regiones más tocadas de herejía, Domingo y sus compañeros tienen conferencias doctrinales con los jefes de los herejes durante los tres años que preceden á la terrible guerra. (1205-1208). Disertan sobre los textos evangélicos delante de un tribunal de arbitrio, compuesto de laicos, nobles y burgueses, y delante del populacho aglomerado en masa. Este hecho, atestiguado por testimonios irrecusables, demuestra al mismo tiempo el valor de los dominicos y la tolerancia de los albigenes. Arroja una curiosa luz sobre el estado de alma de esas poblaciones del Mediodía, donde heréticos, católicos y judíos vivían y se codeaban sin odios excesivos. Nunca en los dominios de Felipe Augusto ó de los altos barones del Norte habrían discutido los católicos con los herejes, en lugar de quemarles. El papa Inocencio III patrocina

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Chapotin, *Histoire des Dominicains de la province de France*, 1898. Balme y Lelaidier, *Cartulaire de Saint Dominique*, 1894. Reichert, *Monumenta ordinis Fratrum Predicatorum historica*, que viene publicándose desde 1896.

nó los generosos esfuerzos de Domingo y sus secuaces, pero es de creer que no fundara grandes esperanzas sobre el resultado.

Acaeció lo que era fatal. Las contradictorias conferencias no sirvieron para nada más que para confirmar á los arguyentes en su propia opinión. Los arbitristas, ó no se pronunciaron, ó se pronunciaron por los albigenes, hacia quienes secretamente se sentían inclinados. Los católicos daban mucha importancia á algunas conversiones obtenidas por los predicadores y á los milagros de los dominicos, pruebas de su misión divina. «Sin embargo, dice el historiador Pedro de Vaux-Cernai, los herejes, á pesar de estos reiterados prodigios, no se convirtieron.» Las conferencias del Langüedoc no impidieron la guerra de los albigenes, como el coloquio de Poissi, en el siglo XVI, no impedirá las guerras religiosas.

En 1208, después del asesinato de Pedro de Castelnau, comienza la cruzada que durante ocho años proseguirá su obra. Domingo no podía contener esta guerra que hubiera querido prevenir. Fué amigo de Montfort, y aceptó de él, para un monasterio que había fundado, los despojos de los vencidos. En Muret, durante la batalla, estaba con los obispos y aliados dentro de la iglesia. «Todos cantaban en alta voz, dice el historiador Bernardo Gui, el *Veni Creator*, y repetían ardentemente estos gritos: «¡Señor, rechaza al enemigo y concéde-me rápidamente la paz!» Y gritando y cantando de esta suerte hacían tal clamor, que más bien parecían rugir que rezar.»

Sin embargo, Domingo continuaba su apostolado, y dióse sobre todo á convertir las mujeres, según la costumbre y tradición de la Iglesia. Desde el año 1206 había fundado en Prouille, cerca de Fanjeaux, una comunidad para servir de refugio á las mujeres herejes convertidas y á los hijos de los nobles langüedocianos muertos ó arruinados. Hasta entonces, estos niños habían sido recogidos por comunidades albigenes, donde se les enseñaba la mala doctrina. Era necesario arrebatarles á la herejía y hacer de ellos fervientes defensores de la fe (1).

Mientras los dominicos recorren predicando el Langüedoc, no cesan los milagros. El santo pierde la costumbre de dormir, ayuna á pan y agua y no parece, sin embargo, abatido ni maltrecho. *Pulchrior et pinguior apparebat*. Por el camino de Montréal, en Carcasona, comenzaba su predicación; estalló una tempestad. «¡No os alejéis!» grita el bienaventurado á sus oyentes; y con un signo de la cruz calma la tempestad. Más tarde se erigió en aquel sitio un pequeño oratorio, y se pudo no

(1) Era una congregación de mujeres enclaustradas, sujetas al silencio, á la plegaria y al trabajo de las manos. La creación nada tenía de especialmente original. Convertido en jefe de la orden Domingo, hizo como todos los jefes de órdenes: queriendo para sí mismo la pobreza por espíritu de mortificación y para dar ejemplo, no la quiso desde el principio para su comunidad. Por el contrario, desde 1208 á 1216 recibió, en nombre de las religiosas de Prouille, gran número de donaciones en rentas, en diezmos y aun en tierras, en viñas y en inmuebles de toda naturaleza; y no solamente acepta las donaciones, sino que hace compras; basta con recorrer el *Cartulaire de Prouille* y el *Cartulaire de Saint Dominique*, de los PP. Balme y Lelaidier, donde se enumeran con cuidado todas estas operaciones, para convencerse de que la regla de pobreza colectiva no está aún en el pensamiento del fundador. Domingo recibe á plenas manos.

tar que alrededor jamás caía lluvia ni granizo. «Todavía hoy, se dice, en tiempos de tempestad, la gente de los alrededores acude al oratorio y se mantiene de rodillas.»

Muy pronto Domingo concibió la idea de extender su apostolado más allá del Langüedoc y más allá de la Francia, por todas las naciones cristianas. En 1216 reunió en París los primeros hermanos que deben constituir la congregación de los predicadores: la lista es cosmopolita, como lo exigía la obra que comenzaba: veíanse allí un francés, un provenzal, dos tolosanos, seis españoles, un navarro, un inglés, un lorenés y un normando. Decídese en esta asamblea primera que la regla de la orden será la de los canónigos regulares de San Agustín, tal como fué establecida en Premontré, salvo las diferencias exigidas por la misma misión de los hermanos, que en lugar de permanecer encerrados en un claustro, tienen por obligación predicar y enseñar.

A fines del año 1216, Domingo está en Roma predicando y enseñando en los palacios apostólicos y en la ciudad, y lee allí é interpreta las epístolas de San Pablo y el Apocalipsis. Obtiene de Honorio III la Bula del 20 de diciembre de 1216, que solemnemente confirmaba la orden canónica que había fundado. Luego vuelve á entrar en Francia. El 15 de agosto de 1217, en Prouille, nuevo Cristo, dice á su discípulo: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio á toda criatura.» Y la dispersión tiene lugar. Quédanse dos hermanos á dirigir la casa de Tolosa y otros dos para guardar la de Prouille: cuatro españoles se dirigen á España; el propio Domingo, con otro hermano, emprenderá el camino de Bolonia; y finalmente, otros ocho hermanos saldrán para París. Las universidades de París y Bolonia hacían de estas dos ciudades las capitales intelectuales de Europa. Una orden fundada para la predicación y la enseñanza debía buscar la manera de influir en ellas para el bien mayor de la cristiandad. Desde el año 1220, el capítulo decidió que las grandes asambleas generales de la orden tendrían lugar alternativamente en Bolonia y en París. Esta regla de turnos debía guardarse hasta mediados del siglo XIII. Sin embargo, en tiempos de Felipe Augusto, celebráronse en París dos capítulos generales en 1222 y 1223.

Este éxodo de los hermanos dominicos asombró á los católicos del Langüedoc, que quisieron retenerles sobre el campo de batalla, disputado por los herejes todavía. Pero Domingo se contentó con responderles: «No me contradigáis: sé muy bien lo que me hago.» Y á los hermanos, que dudaban del éxito de la empresa, decía: «Nada temáis, todo pasará á medida de nuestros deseos.» Sin embargo, uno de ellos, fray Juan de Navarra, negóse á emprender sin dinero el largo viaje de París. «Andad, le dijo Domingo, sin plata ni oro; confiad en el Señor, como los discípulos de Jesús: que nada faltará á los que tienen temor de Dios.» El hermano insistió. Domingo se arroja á sus pies, llora y ordena finalmente que se entregue al que parte la módica suma de doce dineros.

En sus palabras y en su conducta siguió la inspiración de las palabras y de las grandes escenas del Evangelio. Imitaba á Jesucristo; por esto el acta de 1217 está envuelta de algo maravilloso. Contóse que una visión había inspirado á Domingo. En la basílica de San Pedro es-